

Cultura e integración: Valoración del capital social latinoamericano

Ignacio Medina Núñez*

*La cultura tiene un alto potencial movilizador e integrador,
capaz de propiciar condiciones que favorezcan
el bienestar individual y social.*

(Conferencia Iberoamericana de Ministros de Cultura: 6-VIII-2000)

Durante el año 2003, el mundo en general estuvo azotado tanto por las amenazas del terrorismo como por la violencia unilateral del gobierno de Estados Unidos, expresado esto último de manera particular en la guerra sobre Iraq. Ello marcó de manera especial una tendencia no hacia una mayor integración y convergencia de bloques de países, sino a acentuar sus contradicciones, como fue la crisis de la política exterior de la Unión Europea ante la guerra impuesta por Estados Unidos.

La importancia de temas como el desarrollo y la integración, la lucha por una mejor distribución de la riqueza social, la multilateralidad en las decisiones mundiales, etc., quedó relegada ante la imposición de la visión norteamericana de la lucha contra el terrorismo. Sin embargo, en el ámbito latinoamericano del 2003, la percepción sobre los procesos de integración en el continente se debatía entre el destino manifiesto de la proximidad del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), programado para el 2005, y una creciente oposición que enarbolando la consigna del "No al ALCA", se apoyaba en las propuestas de una opción alternativa con base en las propuestas de los nuevos gobiernos de Lula da Silva en Brasil y Néstor Kirchner en Argentina.

En este contexto y queriendo revalorar el papel de la cultura en los procesos de integración latinoamericana, hemos elaborado los siguientes tres apartados: En primer lugar, queremos hacer una referencia específica al concepto de "capital social", que está tomando mucha fuerza en el campo de las ciencias sociales. En segundo lugar, enfatizaremos el papel de la cultura en los procesos de desarrollo, y, finalmente, haremos referencia a las posiciones que expresaron sobre la cultura varias organizaciones que realizaron algunos eventos durante el 2003.

1. El debate teórico sobre el "capital social"

Aunque existe el antecedente de L. J. Hanifan en 1916, supervisor de escuelas rurales en West Virginia, quien buscaba la participación activa de la comunidad con el objetivo de tener escuelas exitosas y fue el primero que usó la palabra "capital social", el concepto actual tiene sus antecedentes

* Profesor en el ITESO (Universidad Jesuita en Guadalajara, México) y en la Universidad de Guadalajara, coordinador del equipo de Cultura e Integración dentro del proyecto del *Anuario de la Integración Latinoamericana y Caribeña*. Correo electrónico: medina48@yahoo.com

en los trabajos antropológicos de Raymond Firth (1961), George Foster (1961), Marcel Mauss (1966), Larissa de Lomnitz (1975), Lourdes Arispe (1979), y también en el urbanista Jane Jacobs y el economista Glenn Loury... quienes señalaron formas de sobrevivencia de grupos sociales a través de redes de reciprocidad, asistencia e intercambio, formas particulares de organización local que tienen lugar en numerosos ámbitos de la vida social, y que operan con base en la confianza y solidaridad de los grupos sociales.

Pero el uso del concepto de capital social se profundizó y amplió, de manera notable, en las últimas dos décadas del siglo xx, en donde encontramos a Pierre Bourdieu como uno de los principales creadores de su contenido. Se trata de un recurso fundamentado en ciertas relaciones sociales de grupo, comúnmente aceptadas a través de un reconocimiento implícito y que producen una red facilitadora de acciones más o menos permanente en el funcionamiento de la comunidad. Esa red cultural se convierte en elemento productivo en la medida en que sin ella no podrían realizarse acciones de sobrevivencia del grupo o simplemente no conseguirían determinados fines económicos y políticos. El capital social puede ser individual en el sentido de que un individuo tiene el *know how* para poder desenvolverse y adquirir numerosos recursos en el ambiente específico de una comunidad o también puede ser colectivo en la medida de que determinados grupos se encuentren organizados para conseguir sus objetivos colectivos a través de esas redes de solidaridad y reciprocidad. Es decir, con este capital —que no se aprende en la educación formal, sino que es fruto de la historia particular de un individuo o grupo— puede mejorarse la efectividad privada, pero también se constituye en un bien colectivo.

Bourdieu, a partir de la publicación de su artículo "The Forms of capital" en 1983, identificó con más precisión tres formas del capital: la económica, la cultural y la social, dándoles una gran importancia a las dos últimas debido a que en la sociedad no todo puede medirse de manera inmediata por la ganancia empírica de dinero. Bourdieu define el capital social como "el agregado de los recursos actuales o potenciales que están ligados a la posesión de una red durable de relaciones más o menos institucionalizadas de mutuo reconocimiento" [Bourdieu; 1986: 248], y esto puede ser de un individuo, de una familia o de un grupo interconectado. El capital social, entonces, puede estar empotrado en el individuo (y llega a ser su *habitus*); puede estar plasmado en bienes culturales del grupo (libros, textos, pinturas, instrumentos...), y también puede llegar a estar institucionalizado con credenciales académicas reconocidas por la comunidad. Con Bourdieu, entonces, se expande la noción de capital, desde lo económico (la perspectiva tradicional de Marx) hasta lo no económico (lo político, lo cultural, lo social) en el intercambio de bienes inmateriales, utilizando también el término de capital simbólico. Los tres niveles pueden constituir objeto de múltiples intercambios, aunque en los dos últimos no haya siempre transacciones minuciosamente contabilizadas.

Otro autor que intentó definir de manera explícita este concepto fue el sociólogo James S. Coleman (1990), quien se refirió con ello a los recursos

culturales de un individuo o grupo, sin los cuales no se lograba la supervivencia o la consecución de determinados objetivos; se trata de la integración social de un individuo o grupo que a través de sus contactos sociales genera comportamientos que son reconocidos, para poder realizar determinadas acciones que luego exigen también reciprocidad. En el caso del capital social de un grupo, hay que tener en cuenta que se comparten intereses comunes en algún grado y también valores sociales. Para "Coleman, el capital social se presenta tanto en el plano individual como en el colectivo. En el primero tiene que ver con el grado de integración social de un individuo, su red de contactos sociales, implica relaciones, expectativas de reciprocidad, comportamientos confiables. Mejora la efectividad privada, pero también es un bien colectivo. Por ejemplo, si todos en un vecindario siguen normas tácitas de cuidar por el otro y de no-agresión, los niños podrán caminar a la escuela con seguridad, y el capital social estará produciendo orden público". [Kliksberg; 2000: 9.]

"Tanto Bordieu como Coleman se refieren al capital social como un atributo de grupos sociales, colectividades y comunidades, teniendo en cuenta que el rol de las instituciones sociales en su creación es importante. Por ello, puede decirse que ambos autores son los que expresaron por vez primera —y de forma relativamente detallada y completa— el concepto de capital social; pues los trabajos antropológicos que les antecedieron si bien aportaron elementos para la construcción del concepto, no lo introdujeron en los términos actualmente conocidos". [Mota Díaz; 2002: 42.]

Sin embargo, también es necesario reconocer el relevante aporte de Robert Putnam en esta discusión; en particular, cuando se liga el tema del capital social con la problemática del desarrollo. Él ofrece la siguiente definición: se trata de los "rasgos de la organización social, tales como las redes, las normas y la confianza, que facilitan la acción y la cooperación para el mutuo beneficio... Trabajar juntos es más fácil en una comunidad bendecida con una derrama sustancial de capital social". [Putnam; 1993: 67.] En esta concepción existe cierto grado de confianza entre los grupos sociales que puede transitar desde los ámbitos locales hasta el nivel nacional, en donde las redes entre los ciudadanos posibilitan el logro de numerosos objetivos a través de la participación constante. De manera preocupante, Putnam, al analizar la sociedad estadounidense, observa cierto colapso en el capital social de esa nación (desintegración de las redes familiares, de amigos, de vecinos y de las estructuras democráticas), que encuentra muy preocupante hacia el futuro. De hecho, su libro *Bowling alone* [Putnam; 2000] quiere presentar una lucha determinante en el ámbito cultural, cuando ofrece de hecho la alternativa de revivir ese capital como una de las salidas al colapso de la civilización norteamericana; las claves de la alternativa para la sociedad estarán en la participación civil, política y religiosa de los ciudadanos, en la red de conexiones formales e informales en el lugar de trabajo, en el altruismo, en la filantropía, en la reciprocidad, la honestidad y la confianza entre los miembros de las comunidades. El énfasis fundamental se encuentra en la afirmación de que los lazos sociales en la comunidad resultan el indicador más importante para un desarrollo humano.

Esto nos lleva también a la tesis de Kliksberg, para quien el capital social y la cultura son las claves olvidadas del desarrollo, despegándose del pensamiento económico tradicional en el cual el principal indicador se hallaba en el crecimiento económico de una nación y en la disposición de recursos materiales de los individuos. En la cultura, encontramos una serie de valores, costumbres, ideas... que forman la identidad de los grupos sociales, lo cual se convierte en el factor decisivo del capital social. Se trata de ver cómo "diversos componentes no visibles del funcionamiento cotidiano de una sociedad, que tienen que ver con la situación de su tejido social básico inciden silenciosamente en las posibilidades de crecimiento y desarrollo". [Kliksberg; 2000: 6.] Esos componentes pueden ser la cooperación, la confianza, la etnicidad, la identidad, la amistad, etc. dentro de diversos grupos sociales, los cuales devienen no solamente elementos adicionales a considerar en el modelo de desarrollo, sino que se convierten en determinantes respecto de las metas finales.

Estamos concluyendo entonces que el capital social y la cultura han devenido un factor fundamental en el debate sobre el desarrollo. "Las personas, las familias, los grupos, son capital social y cultura por esencia. Son portadores de actitudes de cooperación, valores, tradiciones, visiones de la realidad, que son su identidad misma. Si ello es ignorado, saltado, deteriorado, se inutilizarán importantes capacidades aplicables al desarrollo, y se desatarán poderosas resistencias. Si, por el contrario, se reconoce, explora, valora y potencia su aporte, puede ser muy relevante y propiciar círculos virtuosos con las otras dimensiones del desarrollo". [Kliksberg; 2000: 8.]

De hecho, el Banco Mundial ha incorporado de manera explícita el concepto cuando habla de las formas reconocidas de capital: existe primero el capital natural, que son los recursos materiales de un país; existe el capital construido, el generado o construido por los seres humanos al producirse la infraestructura y el comercio; existe el capital humano, determinado por los niveles de nutrición, salud y educación de una población específica; y se encuentra también el capital social concebido como las formas de asociabilidad y comportamiento propias de una comunidad. Sobre este último, se ha admitido su potencial tanto para evitar posibles conflictos como para la consecución de objetivos ligados al desarrollo de una región. Por su parte, Adela Cortina, en una conferencia en la ciudad de Puebla, México, el 8 de octubre del 2003, retomaba esta misma clasificación de cuatro categorías de capital, enfatizando el papel fundamental del capital social en el mundo contemporáneo a nivel de la confianza, el comportamiento cívico, las redes asociativas, los valores, etc., con el objetivo de construir "una anticipación contrafáctica" del proyecto que queremos para el mundo.

Hay que tener en cuenta en una perspectiva cronológica que el capital social puede reducirse, destruirse, fortalecerse o ampliarse, y con ello es necesario plantear estrategias para su cuidado y evolución. De alguna manera, las preguntas fundamentales de Putnam sobre el capital social de Norteamérica resultan muy preocupantes, pero se refieren a un proceso de declinación y deterioro: ¿por qué está declinando el capital social? ¿Por qué en las últimas dos o tres décadas puede advertirse una disminución del

comportamiento solidario de los norteamericanos y de su sentido grupal de conectividad? ¿Por qué los norteamericanos han disminuido la socialización con sus vecinos? Con ello, si aplicamos el concepto a cualquier otra comunidad, tendríamos que hacer un análisis del contexto histórico de una identidad comunitaria que tiene raíces en su propia historia, que se ha ido modificando con el tiempo (positiva o negativamente), y sobre la cual puede plantearse un imaginario colectivo a futuro a partir de una lucha ideológico-cultural.

Conceptualmente habría que admitir que el capital social, entendido a la manera de Putnam (cualidades históricas individuales o grupales que se expresan en redes sociales y normas de reciprocidad y confianza), no siempre puede mirarse de manera positiva, debido a que su uso puede aprovecharse no sólo para el desarrollo de una comunidad, sino para el interés particular de individuos y grupos. Es decir, en la práctica, existen redes sociales de confianza y reciprocidad aprovechadas por grupos dedicados a la delincuencia, corrupción o el narcotráfico; actividades que a su vez minan las tendencias del desarrollo. La actividad de numerosas mafias en diversos países se basa en lo fundamental en estos tipos de redes, en las cuales precisamente su capital social les otorga efectividad a sus acciones. Entonces, como cualquier forma de capital, el social también puede tener un uso antisocial y anticomunitario, precisamente a lo que se refiere el mismo Putnam al hablar de "*the dark side of the social capital*" [Putnam; 2000: chapter 22], y que en gran manera ha sido ocasión para criticarle su optimismo sobre la posible contribución al desarrollo, pues también tiene su parte negativa y, además, puede resultar un elemento de control social.

2. Capital social, identidad y procesos de integración

Existe un intenso debate sobre la posible existencia de una identidad latinoamericana en la cual, por ejemplo, Gilberto Giménez y Néstor García Canclini desconfían en la actualidad mucho del concepto, señalando que lo que existe es más bien un espacio geográfico donde coexisten numerosas y diversas identidades. Sin embargo, hay que recordar el trabajo del chileno Sergio Marras [1992], quien realizó numerosas entrevistas cualitativas a literatos (Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Adolfo Bioy Casares, René Depestre...), quienes mayoritariamente reconocían que América Latina como concepto, a pesar de ser un invento francés, ya se había convertido en la historia del siglo XIX y el XX en una marca registrada para nuestra región. En la literatura, por lo menos, podemos comenzar diciendo que existe empíricamente un reconocimiento interno y externo sobre la identidad latinoamericana. Si acudimos al mundo de la política y la economía, también se evidencia que partimos de la definición de un conjunto de pueblos reconocido con ese nombre, y por ello hay caracterizaciones entre los gobiernos para designar delegados oficiales de y para la región; hay encuentros oficiales, por ejemplo, entre Europa y América Latina; hay indicadores económicos periódicos de la ONU a través de la CEPAL para toda la región. Específicamente en el mundo académico existen numerosos centros de estudios latinoamericanos tanto en América

como en Europa; en particular, dentro de Estados Unidos pueden encontrarse vinculados con las universidades unos 700 centros dedicados a analizar la problemática económica, política y cultural de esta parte de América. En este sentido, estamos hablando ciertamente de un espacio geográfico donde conviven muchas identidades regionales y locales, pero reconociendo la existencia de una identidad común a partir de la conquista española, a partir de un lenguaje predominante en la mayoría de los países, a partir de rasgos culturales comunes que se superponen a las diversidades y, sobre todo, a partir de un proyecto futuro de integración.

Si reconocemos la identidad como la expresión (con rasgos subjetivos y objetivos) de una cultura común, indiscutiblemente tenemos que partir de que existe por la herencia histórica que nos dejó la dominación española; ello no quiere decir que la cultura sea homogénea ni que desaparezcan las diferencias locales y regionales, ni que Latinoamérica esté reducida de manera exclusiva al espacio geográfico, porque el concepto ya desborda las fronteras de nuestros países. En un trabajo anterior [Medina; 2002] analicé la perspectiva particular de la comunidad "latina" dentro del territorio de Estados Unidos, en donde se expresan con mayor claridad diversos rasgos comunes al enfrentar el recelo —y a veces agresión— de la cultura anglosajona con un idioma inglés predominante: la cultura tan diversa de los latinos ha encontrado los rasgos comunes con mayor facilidad a través del idioma dentro de Norteamérica y en la perspectiva de construir proyectos propios; esta cultura específica de los latinos ha hecho hablar a Samuel Huntington de la "amenaza hispana" para la nación estadounidense.

Gilberto Giménez, a pesar de reconocer lo delicado del concepto de identidad en las ciencias sociales y de su uso políticamente peligroso debido a los nacionalismos fundamentalistas, afirma que "pese a todo, sigue siendo una noción imprescindible en las ciencias sociales, no sólo porque ha venido a potenciar la teoría del actor, de la acción social y, particularmente, de la acción comunicativa, sino también porque permite recuperar, un poco por la puerta trasera, la noción de cultura". [Giménez, 2000: 28.] Con esta aclaración, propone una definición que podemos compartir: "entiendo aquí por identidad el conjunto de repertorios culturales interiorizados (representaciones, valores, símbolos...) a través de los cuales los actores sociales (individuales o colectivos) demarcan simbólicamente sus fronteras y se distinguen de los demás actores en una situación determinada, todo ello en contextos históricamente específicos y socialmente estructurados". [Ídem: 28.] Estos repertorios culturales —resulta importante remarcarlo— pueden darse a nivel local, regional, nacional o transnacional, y el hecho de poseer uno más amplio no necesariamente significa homogeneizar o desaparecer las diferencias al interior. Se trata de un sentido de pertenencia colectiva a una comunidad imaginada en la cual lo latinoamericano no impide que sea chileno o mexicano, en la cual lo mexicano no impide que sea jalisciense o zacatecano, en la cual lo argentino no impide el ser porteño o gaucho, en la cual lo jalisciense no impide que sea tapatío o costeño, en la cual ser salvadoreño no impide ser de Cuscatlán, Chalatenango o Morazán, etc. Bajo esta perspectiva, pueden perfectamente convivir diferentes identidades, y en nuestro caso particular, la

pregunta particular sería sobre la importancia que reviste lo latinoamericano dentro de la gran diversidad de países, regiones y localidades. ¿Tenemos entonces todavía un repertorio simbólico-cultural como capital social que nos pueda impulsar a superar las situaciones de subdesarrollo que experimentamos? Desde nuestra perspectiva, la respuesta es afirmativa y se expresa en la revaloración de la cultura en su vinculación con los proyectos de desarrollo e integración contemporáneos.

Dentro del proceso de nuestras sociedades, también podemos partir de que “las identidades son inevitables y concomitantes a la misma existencia del ser humano” [Valenzuela; 2000: 17], y parten de las prácticas de la vida diaria en la cual se entremezcla la familia, el lugar de vivienda, el lugar de trabajo, las condiciones históricas del lugar, el acceso a los medios de comunicación, etc. En una urbe, los grupos sociales están delimitados por sus identidades grupales que les ayudan en la supervivencia y en el enfrentamiento con otros grupos sociales. Pero también hay que enfatizar que las identidades varían en la historia de un individuo o de un grupo; no son monolíticas; el tiempo puede llevar a olvidar los antiguos repertorios culturales y a familiarizarse y asimilar otros para devenir otro tipo de personalidades. Por ello, resulta posible construir un abanico de posibilidades en identidades imaginarias, que pueden convertirse en pactos simbólicos del individuo o grupo para que, a través de una práctica social, se elaboren y articulen proyectos culturales y políticos. “De la manga mágica de las identidades colectivas han nacido grupos, etnias, nacionalidades, Estados-nación, movimientos sociales, culturas alternativas, etc.” [Valenzuela; 2000: 18.] El imaginario colectivo, entonces, puede ser capaz de construir un nuevo tipo de sociedad, porque produce un compromiso de lucha: “Esta idea nos vuelve a ubicar en el campo de la prefiguración y en la posibilidad de imaginar proyectos alternativos de sociedad. El compromiso es un proyecto de vida; se apuesta en el presente a la posibilidad de construir un futuro imaginado: una nueva realidad”. [Cfr. François Dubet, citado en Valenzuela; 2000: 19.]

De acuerdo con esta concepción del imaginario colectivo, en el proceso histórico latinoamericano, durante la segunda mitad del siglo xx, resurgió el concepto de integración como una gran posibilidad para construir un mejor desarrollo de la región. Para muchos, esta idea recogía los sueños de Francisco de Miranda sobre la “Gran Colombia” y de Simón Bolívar sobre la “Gran patria americana” —una gran república o una unión de repúblicas—, pero que había fracasado rotundamente en el siglo xix con la dispersión en numerosos países independientes —y aun enfrentados unos con otros—. De hecho, en la segunda parte del siglo xx y en particular en la década del 60, ocurrieron los primeros tratados de integración (la Alianza Latinoamericana de Libre Comercio —ALALC—, que luego se transformó en Alianza Latinoamericana de Integración —ALADI—, y el Mercado Común Centroamericano —MCC—), los cuales, aunque tuvieron cierto período de estancamiento y retroceso, se han estado revisando y reorientando en variedad de perspectivas (tratados de libre comercio, uniones aduaneras, mercado común, unión económica y aun integración política: CARICOM, MERCOSUR, SICA, Pacto Andino, etc.) para culminar durante la transición al siglo xxi en dos

orientaciones fundamentales: los acuerdos regionales entre países latinoamericanos, y la iniciativa de las Américas que, con distinto nombre pero con la misma perspectiva, retoma el sentido de un panamericanismo liderado por Estados Unidos a través del proyecto del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Como camino intermedio o tercera vía se encuentran los tratados de integración bilaterales que vinculan de manera asimétrica a los países industrializados del norte (particularmente, Estados Unidos) con alguno de los países latinoamericanos y cuyo ejemplo se halla en la firma del acuerdo del North American Free Trade Agreement (NAFTA), en la propuesta del Central America Free Trade Agreement (CAFTA) o en los acuerdos Estados Unidos-Chile, etcétera.

“La integración latinoamericana es muy dinámica y pareciera que, con sus altibajos y remesones, tiene su rumbo: empezó con una experiencia aleccionadora, el Mercado Común Centroamericano, y con la pretenciosa ilusión de la ALALC, que con una militancia ejemplar de 11 naciones involucraba la mayor población y producto interno de América Latina, pero era un gigante con pies de barro. Las siguieron la experiencia subregional andina (Acuerdo de Cartagena) y la del Caribe inglés (CARICOM). Luego el gigante con pies de barro se disuelve para dar paso a la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI), menos pretenciosa pero más realista. Más tarde y al calor de la inminente culminación de la interminable Ronda Uruguay del GATT se intensificaron los acuerdos subregionales en el continente: nació el Mercado Común del Sur (MERCOSUR), el Sistema de la Integración Centroamericana (SICA que no se confunde ni con el MERCOSUR ni con la ODECA), el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y el Grupo de los Tres (G-3); los países caribeños, como si respondieran a su herencia geoestratégica, fundaron la Asociación de Estados Caribeños (AEC), con 25 socios entre grandes y pequeños, ínsulas y continente. En Miami en 1994 se anunció el ALCA entre 34 naciones, cuya negociación se inició a partir de la Cumbre de Santiago en 1988”. [Cuevas y Delgado; 2001: 15.]

No obstante, en la práctica, el concepto y el proyecto de integración ya tienen muchas interpretaciones aun contradictorias. Lo utiliza Estados Unidos al vincularse con América Latina; lo utilizó la empresa mexicana Farmacias Similares en su gira de diciembre del 2003 para extender sus productos en toda Centroamérica; lo utiliza Cuba sintiéndose parte del Caribe y de la región latinoamericana; lo utiliza Europa llegando hasta la moneda común y con una dimensión política; lo utiliza México en su relación con Estados Unidos, etc. Partiendo de un sentido etimológico, puede decirse que integración es el intento de unir lo disperso; se trata de coordinar acciones entre entes que, aunque diferentes, podrían llegar a formar un todo común. En el uso práctico para el continente americano, el término ha surgido a partir de la necesidad de establecer acuerdos económicos entre naciones; pero esos mismos acuerdos han resultado de diferente nivel, como ya habíamos anotado: simples acuerdos comerciales, uniones aduaneras, mercados comunes, uniones económicas.

Esta estrategia económica de integración ha surgido dentro de la etapa histórica de la globalización como una manera de enfrentar mejor juntos varios países los desafíos del mercado mundial tan abierto. Los países

Europeos lo lograron relativamente en poco tiempo y llegaron a la implantación de una moneda común en el 2002 y no sólo están avanzando a ciertos niveles de integración política (con grandes dificultades y diferencias como se manifestó en las posiciones contrarias de varias naciones sobre la guerra de Estados Unidos contra Iraq en el 2003), sino que también el plan se ha ido extendiendo para abarcar 15 países y con la previsión de llegar hasta 25 naciones en el 2005.

3. Cultura, desarrollo e integración

Durante el siglo xx —en particular, para América Latina— se nos insistió mucho en que el subdesarrollo consistía solamente en un problema de atraso económico situado en el bajo nivel de las fuerzas productivas de países determinados. Posteriormente, la teoría de la dependencia nos habló de la lucha política de coordinación entre las naciones de la periferia para lograr mejores niveles de intercambio comercial con los países metropolitanos. Los mismos gobiernos de las naciones industrializadas, al finalizar el siglo xx, han llegado a incorporar una cláusula democrática (aunque a veces entendida sólo como procesos electorales) como elemento indispensable en los programas de desarrollo. Pero la propia ONU, en la transición al siglo xxi, ha empezado a enfatizar un componente nuevo al cual no se le había dado la debida importancia: “El desarrollo humano entraña necesariamente una preocupación por la cultura —la forma en que las personas deciden vivir juntas—, porque es la sensación de cohesión social basada en la cultura y en los valores y creencias compartidos lo que plasma el desarrollo humano individual. Si la gente vive bien junta, si coopera de manera de enriquecerse mutuamente, amplía sus opciones individuales. De esta forma, el desarrollo humano se preocupa no sólo por la gente como individuos, sino además por la forma en que éstos interactúan y cooperan en las comunidades”. [ONU; 2002: 17, citando un documento del PNUD, de 1996.]

El estudio del PNUD sobre el Desarrollo Humano en Chile 2002 es un ejemplo sumamente interesante en relación con el papel de la cultura en nuestras sociedades contemporáneas. El análisis se hace sobre Chile pero desde la perspectiva de la cultura; los títulos de las seis partes que integran el informe resultan sugerentes: “La importancia de la cultura”, “Lo chileno: una herencia cuestionada”, “Cambios en la producción cultural: nuevos escenarios, nuevos lenguajes”, “Un mapa del campo cultural”, “La vida personal de una sociedad cambiante”, “Una diversidad disociada”. El objeto principal del estudio coordinado por Norbert Lechner es “el modo particular en que una sociedad experimenta su convivencia y la forma en que se la imagina y representa”. [ONU; 2002: 37.]

Si el desarrollo humano constituye una forma de enfocar la vida social, podríamos tener una doble tensión: por un lado, la posibilidad de universalizar ciertos elementos del ser humano en las sociedades contemporáneas que nos hacen posible una medición empírica y, por otro, la necesidad de afirmar que ni las metas ni los medios para el desarrollo deben tomarse del modelo de un solo país, sino que el motor surge del dinamismo del sistema de valores de una sociedad determinada (tradiciones,

localidad...). La contradicción entre valores universales y valores locales resalta hoy en día de una manera contrastante, cuando enfrentamos los diversos procesos de globalización; con toda razón podemos decir que los dos niveles, el global y el local entrelazados en los procesos de integración, se interrelacionan constantemente en todas las sociedades contemporáneas.

Uno de esos campos de interrelación es el imaginario colectivo de los grupos sociales, en el cual, en forma paralela a los cambios económicos y políticos de una sociedad, se debaten los diversos proyectos sobre lo que es o debe ser un país específico, avanzando de una etapa histórica a otra. Gramsci, por ejemplo, tenía razón cuando planteaba la importancia de la superestructura ideológica, conformando un plan educativo como acción revolucionaria de las masas, aun cuando éstas no estuvieran todavía en el control del Estado, o cuando estando las masas en el control del Estado, éstas no habían alcanzado un nivel ideológico apropiado para los cambios de la nueva sociedad. En otras palabras, podría decirse que el abandono del subdesarrollo no se lograría ni sólo con los cambios económicos ni sólo con los cambios políticos, sino cuando la población convalidara su imaginario colectivo con la nueva etapa que puede estar viviendo una sociedad determinada.

Uno de los campos de la cultura es la representación de los imaginarios colectivos en los cuales los diversos grupos sociales se sitúan para valorarse a sí mismos en su devenir histórico. "Un imaginario colectivo es el conjunto de representaciones ideales o simbólicas mediante las cuales se define el fundamento, motor y sentido de la convivencia entre los miembros de un grupo o una sociedad. El imaginario colectivo no es ni ilusión ni idea fantasiosa. Es, al contrario, un fenómeno real. Toda sociedad proyecta una imagen de sí misma y es por medio de ese imaginario que ella se reconoce como una colectividad". [ONU; 2002: 38.] Una de las tareas primordiales de cada sociedad es forjar su propio imaginario en relación con la fase histórica siguiente que quiere transitar; cuando se crea un consenso sobre lo que quieren los principales grupos de una sociedad (otro de los aspectos de la democracia más allá de los procesos electorales), se va creando también la necesidad de un nuevo pacto social que hará posible el compromiso político por esa transición. Ningún modelo de desarrollo puede imponerse de manera autoritaria y, por ello, la creación de consensos y pactos en torno a los imaginarios posibles de una transición determinada se convierte en aspecto fundamental del proceso. Y ahí está la centralidad de la cultura en los procesos de desarrollo: "Hay nuevos modos de coexistir que demandan nuevos imaginarios que los representan. Y, a la inversa, hay transformaciones de los imaginarios que motivan y orientan nuevas experiencias de convivencia". [ONU; 2002: 38.]

Gilberto Giménez, cuando habla de los procesos de transformación social, dedica un énfasis especial a la "imaginación creadora" de los sujetos y de los grupos, considerándola precisamente un motor del cambio social, otorgándole además al concepto de "utopía" no una cualidad alienante, sino la posibilidad de trascender la inmediatez de la percepción de lo presente, explorando el mundo de lo posible con actitud innovadora;

esto se vincula también con el concepto de “esperanza creadora” de E. Bloch, cuando los grupos sociales, a partir de la imaginación que proporciona el presente, acuerdan intentar la realización de lo posible para el futuro de la sociedad.

En el imaginario colectivo de América Latina, siempre ha estado presente el capital social referente a la integración, pero el nuevo período de la globalización a finales del siglo xx lo colocan ahora como una posibilidad histórica. “En Latinoamérica, el término integración es tan antiguo como la historia de estas naciones, pero es la variable económica la que le ha dado vigencia y por medio de la cual ha llegado a ser, de un modelo ideológico ideal a una necesidad de inserción en la economía global”. [Morales *et al.*; 1999: 29.] Se trata, para los países latinoamericanos, de una razón de subsistencia, porque actualmente cada nación, de manera aislada, no puede presentar un modelo viable de desarrollo: “sólo la unión de economías frágiles puede ganar cierta estabilidad en la lucha por la competitividad en el mercado”. (Ídem: 33) El reto actual es cómo concretar el imaginario cultural de la integración a las circunstancias actuales del proceso de globalización.

Conclusiones

Hay que retomar el concepto de cultura manejado por la ONU como el modo en que la sociedad experimenta su convivencia y la forma cómo se la imagina y representa, y también debe reafirmarse la centralidad de la cultura en los procesos de desarrollo e integración dentro de las situaciones concretas que viven las diferentes sociedades: sus formas particulares de querer transitar de una fase a otra, queriendo alcanzar estadios superiores. Pero para el caso latinoamericano, ni se trata de un proyecto impuesto desde fuera ni hay que partir de cero: la cultura de la integración existe desde el siglo xix a pesar de la división en múltiples naciones independientes, y existe con ello un gran potencial para los proyectos regionales que ya se están vislumbrando.

La VII Conferencia Iberoamericana de Cultura realizada en Bolivia, en octubre del 2003, afirmó en la Declaración de Cochabamba la “imperiosa necesidad de elevar de manera sustantiva la contribución de las políticas culturales a la generación de condiciones de mayor integración social”, reconociendo al mismo tiempo la multiculturalidad, la multiétnicidad y el plurilingüismo de los países iberoamericanos; lo importante era visualizar la cultura como un “factor de desarrollo sustentable y generador de empleo, que eleva la calidad de vida y propicia un impacto positivo en las economías nacionales”.

Semejantes a este planteamiento, se escucharon numerosas posturas en el III Congreso Internacional sobre Cultura y Desarrollo realizado en la ciudad de La Habana, del 9 al 12 de junio del 2003, planteando de manera explícita “la cultura como componente sustantivo del desarrollo”.

Sin embargo, tampoco hay que olvidar el *dark side* de nuestra cultura, lo mismo que del capital social: las rivalidades tradicionales de grupos y de unas naciones frente a otras, podrían llegar en momentos a prevalecer sobre la cooperación y la necesidad de complementariedad; sobre todo,

cuando existen potencias nacionales no latinoamericanas interesadas en una perspectiva imperial y repulsoras de una integración bolivariana. Como bien lo advierte Néstor García Canclini, “no se trata de creer que vamos a salvarnos por la cultura. Es preciso escribir esta palabra —lo mismo que *latinoamericano*— con modestas minúsculas. Contra las Alianzas Militares y Políticas que en estos tiempos guerreros se inflaman de mayúsculas, y también para diferenciarnos de tantas palabras que se gastaron al solemnizarse en épicas pasadas, lo *latinoamericano* puede crecer si se nutre de intercambios solidarios y abiertos, renovados y renovables. Intercalar este nombre —latinoamericanos— en el diálogo global encontrando la medida con que podemos escribirlo es la condición para que nuestra identidad no sea leída entre comillas”. [García Canclini; 2002: 107.]

De cualquier manera, el capital social, desde la perspectiva de la integración latinoamericana, puede dinamizarse aún más para una mejor acción colectiva de los actuales bloques regionales. Nuestra insistencia final coincide con la postura de Alfredo Toro Ardí, periodista venezolano, quien explicita de esta manera nuestra conclusión final: “El cambio interno, de su lado, debe dirigirse esencialmente hacia el plano de lo cultural. Si los patrones de vida y las actitudes mentales determinan la postura del ser humano hacia el trabajo, es evidente que América Latina tiene un largo trecho por recorrer. En esencia, es necesario derrotar aquello que el sociólogo Oscar Lewis bautizó como la cultura de la pobreza y que se traduciría en una actitud fatalista frente a la propia realidad, caracterizada por muy bajos niveles organizativos, cívicos y participativos. Dentro de ese contexto, los planteamientos formulados por la Escuela del Capital Social se nos presenta con particular fuerza. La misma enfatiza la promoción de la cultura cívica como base para la creación de un entretejido orgánico de instituciones y asociaciones que den sustento a una sociedad. A diferencia del plano externo, el ámbito de la transformación cultural permite e invita a una actividad mucho más proactiva de nuestra parte”.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre (1986): “The forms of capital”, en Richardson J. G. (ed.): *Handbook of theory and research for the sociology of education*, Greenwood Press, Westport, CT, pp. 241-258.
- Caminotti, Mariana, Esperanza Casullo *et al.* (2002): “El capital social en el marco de las nuevas estrategias del Banco Mundial para la reducción de la pobreza”, en revista *Pensamiento Propio*, Editorial CRIES, Buenos Aires, Argentina, no. 16, julio-diciembre del 2002.
- Cuevas Molina, Rafael y Jaime Delgado Rojas (comps.) (2001): “Globalización e integración continental”, en *Cuadernos Aportes Teóricos de Nuestra América*, Universidad Nacional de Costa Rica, Instituto de Estudios Latinoamericanos, Heredia, Costa Rica.
- Durston, John (2000): *¿Qué es el capital social comunitario?* CEPAL: Serie Políticas Sociales, no. 38, Santiago de Chile.
- Giménez, Gilberto (2000): “Identidades en la globalización”, en revista *Espiral*, Estudios sobre Estado y Sociedad, del CUCSH de la Universidad de Guadalajara, no. 19, septiembre/diciembre del 2000, Guadalajara, Jal., México, pp. 27-48.
- García Canclini, Néstor (2002): *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*, Paidós Estado y Sociedad 105, Buenos Aires, Argentina.
- Grootert, Christiaan & Thierry van Bastelaer (2001): “Understanding and measuring social capital: a synthesis of findings and recommendations from the social capital initiative”, en *World Bank Social Capital Initiative*. Documento de trabajo no. 24, abril del 2001.

- Kliksberg, Bernardo (2000): *Capital social y cultura: claves olvidadas del desarrollo*, Instituto para la Integración de América Latina y el Caribe (BID-INTAL). Documentos de Divulgación 7, Buenos Aires, Argentina, junio del 2000.
- Marras, Sergio (1992): *América Latina: marca registrada*, Ediciones de la Universidad de Guadalajara, México.
- Medina Núñez, Ignacio (2000): "La identidad latinoamericana: la visión de los literatos", en José Manuel Juárez Núñez y Sonia Comboni (coords.): *Integración cultural de América Latina y el Caribe: Desafíos para el tercer milenio*, Edición de la Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA-Cuba) y la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (México) y la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco (México), Morelia, Mich.
- (2002): "La cultura latinoamericana en Estados Unidos: entre la opresión y la autonomía", en *CENARIOS*, revista do Grupo de Estudios Interdisciplinarios sobre Cultura e Desenvolvimento (GEICD), de la Universidade Estadual Paulista (UNESP), en la Faculdade de Ciencias e Letras, en Araraquara, SP, Brasil, pp. 59-72.
- (2003): "La identidad latinoamericana: rupturas y continuidades", en revista *METAPOLITICA*, Centro de Estudios de Política Comparada, no. 29, mayo-junio del 2003, México, pp. 76-87.
- Morales, Juan C., María A. Fernández, Hudilú Rodríguez (1999): "La cultura de la integración latinoamericana en la globalización: el papel de los medios", en Biblioteca Digital Andina: *Aldea Mundo*, Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela, año 4, no. 7, mayo-octubre de 1999. www.comunidadandina.org
- Mota Díaz, Laura (2002): "El capital social: un paradigma en el actual debate sobre el desarrollo. Tendencias y problemas", en revista *Espiral*, del CUCSH de la Universidad de Guadalajara, Guadalajara, Jal., México, no. 25, septiembre-diciembre del 2002.
- Ostrom, Elinor, T. K. Ahn (2003): "Una perspectiva del capital social desde las ciencias sociales: capital social y acción colectiva", en *Revista Mexicana de Sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales/UNAM, México, D.F., 1/2003, pp. 155-233.
- Portes, Alejandro y Patricia Landolt (1996): "Unsolved mysteries: the Tocqueville Files II. The downside of Social Capital", en *The American Prospect*, vol. 7, no. 26, May 1, 1996- June 1, 1996. <http://www.prospect.org/>
- Putnam, Robert D. (1993): "The propserous community. Social capital and public life", en *The American Porspect*, vol. 4, no. 13, March 21, 1993. <http://www.prospect.org/>
- (2000): *Bowling alone: the collapse and revival of American Community*, Simon & Shuster. New York.
- Putzel, J. (1997): "Policy arena, accounting for the 'dark side' of social capital: reading Robert Putnam on Democracy", en *Journal of International Development*, vol. 9, no. 7.
- Valenzuela, Arce José (coord.) (2000): *Decadencia y auge de las identidades. Cultura nacional, identidad cultural y modernización*, El Colegio de la Frontera Norte; Plaza y Valdés editores, México.